

hablando por teléfono... Apenas tienes un segundo para mí, me canso de esperarte sentado al lado de tu despacho y me voy a pasear mi tristeza por las calles de Madrid.

Creo que no te pido demasiado, sólo que algún día tengas dos horas libres y podamos ir al cine, caminar o simplemente estar juntos, uno al lado del otro y que me digas lo bien que me sientan las arrugas, que sigo estando guapa a pesar de las canas...

Sé que yo no puedo ofrecerte ese negocio maravilloso por el que tanto luchas y que encumbraría a la empresa como líder del sector, pero eso no te da derecho a condenarme a esta viudedad prematura que me estás haciendo sentir, ya no tengo fuerzas para competir con tus compras y ventas, la influencia del euro en tus negocios, el comercio electrónico y todos los malditos asuntos de trabajo que tanto nos han alejado.

Lo que sí puedo ofrecerte son mis manos, levemente envejecidas, pero llenas de esperanzas y el inmenso amor que te sigo teniendo, para llenar cada minuto de los pocos años que nos queden juntos, porque, si tu quieres, quizás no sea demasiado tarde. Ojalá con esta carta puedas entender que mi ofrenda puede ser también nuestro mejor éxito en la vida.

Elisabeth Porrero